

# ¿QUE BICHITO SERA, QUE BICHITO?

**DIEGO GALAN**

**D**ESDE que Georges Méliès inventó la narración cinematográfica, el cine ha buscado en lo fantástico una forma de conjurar los miedos irracionales del espectador, su inseguridad en la sociedad que vivía, su pánico a la muerte. Pronto se descubrió que podía encontrarse también un morbo en la fascinación por esos peligros. Los productores, y más aún quienes dirigen ideológicamente el cine, vieron que los monstruos cinematográficos podían servir igualmente para aleccionar al espectador sobre los peligros que supuestamente le acechaban: bastaba con hacer una trasposición fácil y confundir los seres de otros planetas con habitantes de otros territorios terrenales. Resulta claro en este sentido la manipulación que sufrió el género de cine fantástico durante los años de la guerra fría: los habitantes de otros planetas eran, para el cine norteamericano, los peligrosísimos soviéticos, que aguardaban en la sombra la forma ideal de penetrar y destruir la pacífica y ordenada sociedad yanqui.

Al margen de la fascinación irracional que los mitos fantásticos ejercen sobre el espectador, la manipulación de quienes lo dirigen ha orientado de tal forma el género que éste venía a convertirse generalmente en una vulgar clase de moral, donde el respeto a las leyes imperantes era la única lógica que eliminaba el peligro. Generalmente, las películas de terror concluyen en un final feliz. Ha habido un peligro cierto, es verdad, pero la sociedad que ha sufrido al monstruo ha encontrado también la forma de eliminarlo. Una sencilla dicotomía entre el bien y el mal permitía la identificación emocional con los elementos de la película, siendo lo bueno lo conocido e identificable, y lo malo, aquello que venía a romper las normas.

Caben en este esquema, con independencia de su calidad cinematográfica, los Dráculas, Frankenstein, muertos vivientes, platillos volantes, doctores Jekylls y místers Hydes, inventores de sistemas

de dominio y todos los seres —generalmente feos— que han intentado sobrevivir en un medio hostil.

A la fantasía de los planteamientos originales —la construcción de un nuevo ser por el doctor Frankenstein, por ejemplo— se fueron añadiendo datos más cercanos, una cierta verosimilitud que permitiera una identificación más fácil. Lejos los problemas derivados del demonio, los monstruos provenían del hombre; de esta forma, la identificación del mal con los enemigos coyunturales de la política norteamericana se hacía mucho más sencilla.

Hablamos de cine norteamericano, porque es evidente que es en él donde se encuentra la obviedad de estos planteamientos. El cine de terror inglés o de cualquier otro país europeo ha sido en este sentido

mucho más puro, inclinándose por desarrollar la propia mitología de los mitos en su vertiente exclusivamente fantástica. Un análisis de estas otras cinematografías nos acercaría más a la originalidad o imaginación con que se han conjugado las bases de los mitos. Es mucho menos drástica su manipulación ideológica, aunque también acaben sus películas en idílicos finales felices la mayor parte de las veces.

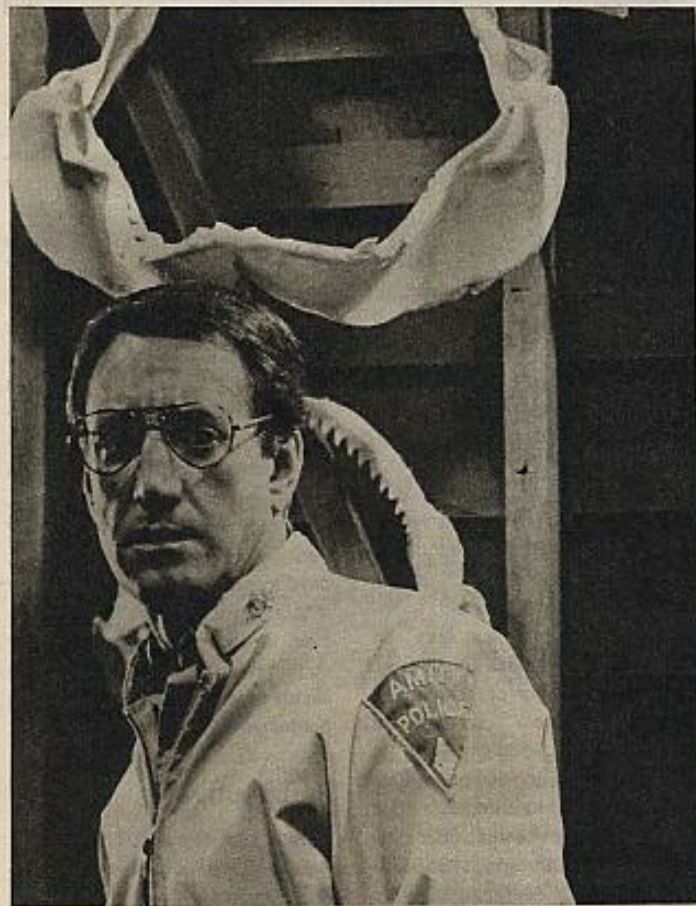
## Un nuevo terror

Agotados los peligros soviéticos amarillos, las vocaciones enloquecidas de algunos científicos sin escrúpulos y las deformaciones congénitas que suponían un riesgo para la Humanidad, el cine norteamericano se ha visto obligado a buscar otras fuentes de inspiración

para continuar, intermitentemente, con la filmación de nuevas películas. Su necesidad de sublimar la inseguridad de un mundo que la propaganda oficial ofrece como el mejor de los posibles lo lleva a la invención de nuevos paraisos del terror. En estas fechas de Navidad, tres películas con bichitos ofrecen una perspectiva aproximada de lo que se pretende: "Piraña", "El enjambre" y "Tiburón 2" son sus títulos.

Los últimos años vieron renacer un terror nuevo. De un lado, el originado por la intervención directa de lo incomprendible —"El exorcista", "La profecía" e incluso "Carrie"—, pero por otro, el determinado por la propia sociedad que vivimos. Así, por ejemplo, "El coloso en llamas" llevaba el terror a los edificios que habitamos y "Tiburón 1" a la ausencia de escrúpulos de los especuladores. Con estos títulos desaparecía el carácter metafísico o ambiguo de muchos peligros del anterior cine de terror. No en vano éste había sido caricaturizado por Mel Brooks en "El jovencito Frankenstein", destruyendo ya gran parte de su posible continuación. Los peligros actuales, pues, están en nosotros mismos, con lo que la vieja manipulación ideológica del cine norteamericano entraba en una curiosa ambigüedad. Si bien los finales felices seguían cerrando las aventuras de cada película, los peligros continuaban latentes en cuanto, por ejemplo, la construcción de edificios altos sigue siendo una costumbre de las grandes ciudades, o la falta ética de nuestros dirigentes seguía estando a la orden del día. Watergate, como de costumbre, al fondo, para recordar que ya no vivimos en el paraíso prometido.

En esta nueva vertiente aparecen enemigos nuevos, aunque ya el cine los hubiera entrevisto en títulos lejanos como "Cuando ruga la marabunta": los bichitos. Pirañas, abejas o tiburones están acechando cualquier descuido, buscando un error de la tecnología para devorarnos a todos.



El buen policía que sospecha siempre de los tiburones.





Las pirañas muerden a inocentes niños veraneantes.



Las abejas lo destruyen todo. No hay quien descansa.

Las abejas que destruyen ciudades enteras acuden al oír las sirenas de alarma que tienen la misma frecuencia y sonido que el de las abejas para su apareamiento. Las pirañas llegarán a los ríos y mares de todos los continentes por un absurdo militar que permite continuar desarrollando su instinto devorador para ser utilizado como arma en una nueva guerra. Y los tiburones siguen estando en nuestras playas mientras los especuladores se niegan a reconocerlo. Los peligros es-

tán, pues, a nuestro lado. No hay quien los pare. La película "Piraña" es más explícita aún en este sentido. No en vano está producida por Roger Corman, uno de los más inteligentes y destructivos amantes del género. La corrupción de algunos de los militares encargados de la destrucción de los bichitos hace que la operación no resulte tan clara y tajante como se hubiera deseado. La maligna sonrisa final de Barbara Steele hace suponer que, a pesar de lo intentado, las pirañas

devoradoras viajan alegremente por todos los mares de la Tierra, dispuestas a zamparse a cualquiera. Es un final presuntamente inquietante. No llega a serlo, entre otras cosas, porque "Piraña" es una película horrenda, difícilmente creíble desde que comienzan sus estúpidas imágenes.

Pero puestos a comentar películas estúpidas, pocas alcanzan el nivel de "El enjambre", de Irvin Allen, ahora director de las obras que produce. Su título anterior como pro-

ductor, "El coloso en llamas". Hay que ver "El enjambre" para poder creer la sarta de disparates que se cuentan. No ya sólo su temática principal (el ataque masivo de la "famosísima" abeja africana, cuya picadura es mortal), sino el desarrollo de la supuesta historia, cuando se dicen frases provocadoras de carcajadas o donde la situación de cada personaje es ya tan disparatada que ni los telefilms, de la Televisión Española se atreverían a ofrecer. "El enjambre" es demasiado. Pero retoma esa inquietud actual por bichitos cotidianos transformados en peligrosos enemigos y ofrece también una presunta crítica de algunos estamentos —de nuevo aquí la obcecación de algunos militares, que incendian incluso la ciudad de Houston para destruir la abeja asesina—. Pocas películas, sin embargo, inquietan menos y dan más risa.

"Tiburón 2" es simplemente la continuación del "Tiburón 1", o mejor dicho, es su directa y simplísima reproducción. Es la misma película, aunque muchísimo peor realizada y con bastante menos interés. La fantasía de aquel viejo tiburón vengativo es aquí simplemente un tiburón anónimo que devora a quien puede, intentando naturalmente tragarse a los hijos del policía protagonista, con lo que se supone que la inquietud de los espectadores alcanzará grados paroxísticos. Sólo aburrimiento consi-gue este tiburón infiltrado, padre posiblemente de un nuevo tiburón que las productoras norteamericanas nos ofrecerán para el próximo año. La repetición es tan descarada que la "denuncia" insiste en la desfachatez de los promotores de una colonia veraniega —tema repetido también en "Piraña"—, que se niegan a aceptar la existencia del tiburón o a fingir que no existe con tal de vender sus propiedades.

La conclusión parece sencilla: no puede ir uno a bañarse, porque los tiburones te comen. No puede ir uno al campo, porque las abejas te pican. No puede ir uno a pescar, porque las pirañas te lo impiden. No puede uno vivir en edificios altos, porque los incendios te matan. Es un cine que amortiza el descon-junto. Y que, por encima de eso, lo orienta hacia zonas escasamente peligrosas. Es mucho mejor que los pobrecitos consumidores de estas nuevas (y espantosas) películas de terror se inquieten por cuestiones que no pueden solucionar a que se hagan preguntas sobre su auténtica realidad, sobre lo que de verdad cada día y a cada hora otros hacen contra ellos. ■